

Laa, envió los granaderos y la reserva de caballería á apoderarse del puente del Taya, acudiendo después él en persona con los cuerpos de Bellegarde, Kollowrath y Klenau, encargando al príncipe de Reuss que se mantuviese en Hollabrunn todo el tiempo posible. Era, pues, el mismo archiduque Carlos el que, con los cuerpos que acabamos de mencionar, atravesaba en presencia del general Marmont el puente del Taya que cae enfrente de Znaim, llamado puente de Schallersdorf. Mientras esto ocurría por la izquierda, Napoleón, advertido el 9 del movimiento de Marmont hacia Znaim, emprendía su marcha por la derecha hacia Wilfersdorf con la guardia, el cuerpo de Oudinot y los coraceros de Nansouty. El 10 estaba ya en Laa esperando poder llevar la guardia á Znaim en todo el día 11, y adelantándose á sus tropas, se puso inmediatamente en camino para llegar el mismo 11 á mediodía al cuartel general de Marmont.

Efectivamente el 11 por la mañana los austriacos siguieron desfilando á vista del general Marmont, quien desde el pueblo de Teswitz disparaba contra ellos al pasar el río, y Massena, siguiendo el alcance al príncipe de Reuss, los atropelló á la mitad del día sobre el Taya después de una encarnizada refriega. Llegado que hubo al puente de Schallersdorf, que estaba defendido con barreras, le hizo Massena atacar por la valiente división de Legrand. El que la mandaba, guiando sus soldados al fuego con su valor acostumbrado, y acometiendo el obstáculo de frente mientras la artillería de Massena le batía de costado, consiguió acercarse al puente, asaltó las barreras y se apoderó de él. Después de esta acción arrojada, el general Legrand llevó su división á la reducida llanura que formaba el soto del Taya, á presencia de las tropas del príncipe de Reuss y de los granaderos austriacos que arrimaban la espalda en la población de Znaim. Presenciaba el general Marmont este espectáculo desde la cima de las alturas situadas á la derecha, al otro lado del Taya, lleno de impaciencia por ayudar al mariscal Massena.

No queriendo este último limitarse á un solo acto de arrojo, resolvió acometer á los austriacos, arrollarlos sobre Znaim, entrar el pueblo detrás de ellos, y repelerlos al otro lado con la esperanza de que las tropas de Marmont les cortasen el camino de Bohemia. Pero no tenía más fuerza que la división de Legrand, y aunque debía incorporársele la división Carra Saint-Cyr, que tan imprudentemente heroica había sido en Aderklaa, sin embargo, acometió desde luego á las tropas del príncipe de Reuss y á los granaderos con la sola división de Legrand, haciendo que la sostuviese la artillería que había quedado á la parte de acá del Taya. Atravesado el puente, metióse en el pueblo largo y angosto de Schallersdorf, le tomó, se apoderó á la izquierda de un espacioso convento llamado el Klóster-Bruck, y disparó por la derecha, en la llanura, sus coraceros, que dieron repetidas cargas con excelente éxito á los austriacos. Peleaba allí Massena con siete ú ocho mil hombres solamente contra más de treinta mil, sin contar otros treinta mil formados más allá de Znaim, en las llanuras que cruzaba el camino de Bohemia. Sobrevino una gran tempestad, y hubo casi que suspender la lid por la imposibilidad de hacer fuego. Aprovechando esta circunstancia los granaderos austriacos, avanzaron cau-

telosamente por el pueblo de Schallersdorf, sorprendieron á los nuestros que no podían hacer uso de sus fusiles é hicieronse momentáneamente dueños del puente. Quiso Massena lanzar contra ellos á los coraceros, pero no fué posible, porque el terreno estaba tan resbaladizo que los caballos venían al suelo. Hubiera sido muy de temer un descalabro á no acudir á la sazón la división de Carra Saint-Cyr, que, embistiendo el puente, le tomó, atropelló á la columna de granaderos, hizo ochocientos prisioneros y desembocó victoriosa en la llanura de Znaim. El general Marmont, que no podía consentir que el mariscal Massena pelease solo, desembocaba también en aquel momento por Teswitz, y entre ambos repelieron á los austriacos sobre Znaim. Acorraláronlos, quitáronles mucha gente, matándoles é hiriéndoles además considerable número, y sólo faltaba forzar el pueblo para obligarlos á una retirada desordenada; pero no había aún llegado la guardia y no había por lo tanto esperanza de poderlos envolver. Verdad es que ya habían llegado tres mil caballos de la misma guardia, los cuales, unidos con la caballería de Montbrún y los coraceros de Saint-Sulpice, podían hacer la retirada de los austriacos sumamente sangrienta.

Llegó en esto Napoleón, que había encontrado al enviado del general Bellegarde y recibido al mismo príncipe Juan de Liechtenstein, el cual había ido á pedirle una tregua y á prometerle en nombre del honor militar abrir una negociación para la conclusión inmediata de la paz, y conferenció un instante con el mayor general Berthier, Mr. Maret, el duque de Bassano y el gran mariscal Duroc acerca del partido que convendría tomar. Teniendo ocupados á los austriacos algunas horas más en una acción reñida, podía ganar quizá el tiempo preciso para envolverlos ó por lo menos lanzar en su persecución diez mil jinetes que produjesen en ellos un espantoso desorden. Pero sin recurrir á este medio tenía la certeza de obtener las condiciones de paz más ventajosas, y satisfecho su orgullo al ver que el más noble y brillante oficial del ejército austriaco iba á implorar humildemente el término de la guerra, propendía á detenerse en su marcha victoriosa. Sobre esto hubo diversos pareceres: decían los unos que era menester acabar de una vez con la casa de Austria, destruyendo en su cabeza el nudo de todas las coaliciones, para que éstas no se reprodujesen al ir á poner fin á la guerra de España; alegaban los otros el peligro de prolongar una lucha emprendida con elementos improvisados, terminada en tres meses por una especie de milagro del genio, pero que podía, si duraba, provocar el levantamiento de la Alemania, arrastrar quizá á los mismos rusos, poco dispuestos á consentir en la destrucción de la casa de Austria, y poner de este modo en conflagración todo el continente. Conocía confusamente Napoleón que había abusado ya con exceso de la fortuna, esperaba que aquel nuevo escarmiento impediría en lo sucesivo al Austria inquietarle en su contienda con España é Inglaterra, veía fácil domeñar á España después de vencida el Austria, y que la paz general coronaría sus inmensos trabajos, al paso que, si por el contrario continuaba la guerra á muerte hasta aniquilar la casa de Austria, estimularía probablemente á los rusos á entrometerse en la querrela y se atraería una guerra universal que podría ser el término de su

grandeza; y, satisfecho y cansado á un mismo tiempo, exclamó después de oído el parecer de los que por primera vez se veían autorizados á emitir una opinión en su presencia: «¡Harta sangre se ha derramado!. ¡Hagamos las paces!» Hizo prometer al príncipe Juan de Liechtenstein que enviaría inmediatamente plenipotenciarios á negociar, y que Berthier en nombre de la Francia y Mr. de Wimpffen en nombre del Austria, estipulasen acto continuo las condiciones del armisticio.

Mientras los jefes de estado mayor de los ejércitos discutían estas condiciones, el coronel Marbot y el general d'Aspre fueron enviados á las avanzadas para hacer cesar las hostilidades. Llegaron al terreno que media entre Schallersdorf y Znaim en el momento en que las tropas de Massena andaban á las manos con los granaderos austriacos. Era tal el encarnizamiento, que no bastaron las voces mil veces repetidas de *paz, paz, no hagáis más fuego!* para separar á los combatientes. El coronel Marbot y el general d'Aspre salieron heridos, aunque levemente, de su empeño: lograronlo por fin, y al tremendo cañoneo siguió un profundo silencio, interrumpido solamente por los clamores de júbilo de los vencedores. Esta jornada nos costó unos dos mil hombres entre muertos y heridos, de los cuerpos de Marmont y de Massena; pero más de tres mil á los austriacos, con cinco ó seis mil prisioneros. Era la última victoria que coronaba dignamente aquella grande y lucida campaña.

Habiendo Napoleón entrado en acción á fines de abril, con tropas apenas formadas y diseminadas todavía, contra el archiduque Carlos, que marchaba con un ejército organizado con tiempo y ya reunido, consiguió en pocos días completar el suyo, reunirle, concentrarle en presencia del enemigo, cortar en dos el del archiduque Carlos y repelerle, parte á Bohemia, parte al Austria inferior. Este fué el primer acto de la campaña, terminado, como se recordará, sobre Ratisbona. Persiguiendo luego hasta Viena á los austriacos, dispersos por las dos orillas del Danubio, marchó Napoleón con tanta seguridad y ligereza, que les impidió reunirse sobre la capital y entró en ella al mes de haberse abierto la campaña, reparando de este modo los reveses del ejército de Italia y destruyendo en su origen todos los proyectos de insurreccionar el continente contra la Francia. Queriendo salvar el Danubio para poner fin á la guerra con uaa batalla decisiva, y habiendo interrumpido su operación una crecida repentina del río, sostuvo durante las dos jornadas de Essling con prodigios de energía la peligrosa empresa de lidiar con un río á la espalda, merced al pensamiento admirable de servirse de la isla de Lobau como de punto intermedio de pasaje. Trasladado á la orilla derecha, ideó construcciones magníficas para anular casi completamente el obstáculo que le separaba de los austriacos, atrajo los ejércitos de Italia y de Dalmacia, concentró de este modo todas sus fuerzas para una acción decisiva, y entonces, realizando en pocas horas el milagro de atravesar en presencia del enemigo un río caudaloso con ciento cincuenta mil hombres y quinientas bocas de fuego, puso término, con una de las más grandes batallas que han presenciado los siglos, á la cuarta guerra del Austria: guerra no menos memorable que todas las que hasta

entonces había dirigido, y en la cual, triunfando el genio de sus propios defectos, suplió con verdaderos prodigios de industria y de perseverancia todos los elementos de que le hacía carecer una política insensata: guerra durante la cual se renovaron repetidas veces las amonestaciones de la fortuna, como para defender al gran capitán de los errores del político imprudente y locamente ambicioso.

Al estipular los términos del armisticio, cuidó Napoleón con mucho esmero de asegurar bien su posición militar, por si volvían á renovarse las hostilidades, resultando esto de la imposibilidad de entenderse acerca de las condiciones de la paz. Exigió primeramente que le dejaran ocupar de una manera permanente todas las provincias que no había hecho más que cruzar con sus tropas, y que eran el Austria superior é inferior, la mitad de la Moravia, que componían los distritos de Znaim y Brunn, la parte de Hungría que se extiende desde el Raab hasta Viena, la Estiria, la Carintia, parte de la Carniola, necesaria para comunicar con la Dalmacia y la Italia. De este modo la línea de separación entre los ejércitos beligerantes debía pasar por Lintz, Krems, Znaim, Brunn, Goding, Presburgo, Raab, Gratz, Laybach y Trieste. Debían además quedar en su poder ó entregársele inmediatamente, como puntos de apoyo de esta línea, la ciudadela de Brunn, la ciudadela de Presburgo y las plazas de Raab, Gratz y Laybach. Ocupaba de este modo Napoleón más de la tercera parte del imperio austriaco. Establecido en su centro y apoyado en la capital y en las principales plazas, podía, en caso de prolongarse las hostilidades, partir de Viena como base de operaciones, y dilatar sus conquistas hasta lo interior de las más remotas provincias. Concedió un mes de duración para el armisticio, y estipuló la obligación de darse aviso con quince días de anticipación en caso de rompimiento. Bastaba un mes para concluir las negociaciones si verdaderamente se procedía de buena fe, y para que llegasen los refuerzos enviados de Francia si el objeto era diverso. Por muy duras que fuesen las condiciones del armisticio, era demasiado triste la situación en que se hallaban las tropas del archiduque para no preferirlo todo á la continuación de las hostilidades. En el estado mayor austriaco fué unánime la opinión de ceder, y así se hizo, prestando al punto sus firmas Mr. de Wimpffen en nombre del generalísimo, y el mayor general Berthier en nombre de Napoleón. El grande ejército austriaco se había batido con valor y, á pesar de sus desgracias, podía vanagloriarse de haber ensalzado más bien que dejado abatir el poderío austriaco, aunque hubiera que resignarse á grandes sacrificios para obtener la paz de un vencedor justamente enorgullecido con sus ventajas.

Firmóse el armisticio en Znaim el 11 á media noche, y llevó la fecha del 12 de julio. Napoleón, después de recibir los parabienes del archiduque Carlos, y de haberle enviado los suyos; después de haber hecho que le prometiese el valeroso príncipe Juan de Liechtenstein que se impondría silencio al Austria al partido de la guerra, y que se enviaría con toda prontitud negociadores á Viena, partió para Schoenbrunn con objeto de emplear todos sus recursos para la consecución de la paz ó para terminar la guerra con un último esfuerzo breve y decisivo. En todo el mes de agosto se podía, ó

bien terminar la negociación, ó bien reunir todos los medios necesarios para volver á empezar en septiembre la última campaña, que pudiese término á la existencia de la casa de Austria. Mandó, pues, Napoleón nuevos preparativos como si hasta entonces nada hubiese hecho, y como si, en vez de triunfos de que sacar partido diplomáticamente, sólo hubiese sacado de la guerra desastres que reparar.

Distribuyó desde luego sus tropas entre Viena y el círculo trazado por el armisticio, de modo que pudiesen vivir allí cómodamente y encontrarse con rapidez en cualquiera de los puntos del mismo círculo. Situó al general Marmont en Krems, para que pudiese regresar á Carintia por Saint-Polten cuando fuese menester volver á la Dalmacia; al mariscal Massena en Znaim, tierra que acababa de conquistar; al mariscal Davout en Brunn, punto hacia el cual se dirigía; á los sajones entre Marchegg y Presburgo, línea que ya ocupaban; por último, al príncipe Eugenio en el Raab, teatro de su victoria. También debía ocupar el Raab el general Grenier, y el general Macdonald á Gratz y Laybach. Al general Oudinot se le mandó establecerse con su cuerpo y la guardia moderna en la llanura de Viena. La guardia veterana fué á acamparse á la hermosa quinta de Schœnbrunn. Como una de las ventajas del armisticio era poder emplear los meses de julio y agosto en domeñar al Tirol, los bávaros todos fueron nuevamente llevados al Tirol alemán, mientras las tropas italianas del príncipe Eugenio marchaban sobre el Tirol italiano. Enviáronse también nuevas fuerzas al Vorarlberg y á Francia.

Sabedor Napoleón de que había muchos bisoños en los cuadros y temiendo que fuese tan perjudicial para su salud la permanencia en las ciudades como peligrosos para su espíritu militar los ocios del armisticio, les hizo acampar en barracas. La estación, el país, todo era excelente: abundaban el vino, el pan, la carne. Las contribuciones impuestas á las provincias austríacas y pagaderas ya en papel, ya en géneros, ofrecían un buen medio para pagar el valor de todo lo que se consumiese sin arruinar á nadie, gravitando solamente sobre la hacienda del Estado. Pagáronse los atrasos y establecieron en Viena, Lintz, Znaim, Brunn, Presburgo y Gratz talleres para la confección del vestuario, del calzado, de la ropa blanca y del guarnés, pagando siempre las primeras materias y la mano de obra. En el espacio de un mes, el ejército, alimentado, equipado, descansado y bien instruído, iba á aparecer de nuevo floreciente y terrible. Pero no era esto todo: faltaba que llegase á ser tan numeroso como disciplinado y bien provisto. Según las órdenes que había despachado en junio, iba á recibir Napoleón desde los primeros días de julio treinta mil hombres de refuerzo, los cuales habían salido ya de Estrasburgo: fuerza superior á la que había perdido en la campaña, especialmente desde que habían vuelto á darse de alta en las filas los *heridos de poca gravedad*, calificación reservada para todos aquellos que podían curarse en tres ó cuatro semanas. Dió nuevas órdenes para que se agregasen por lo menos cincuenta mil hombres á los treinta mil que iba á recibir, con lo cual el ejército de operaciones del centro de la monarquía austríaca iba á subir á doscientos cincuenta mil combatientes franceses y cincuenta mil aliados, fuerza

doble de la que podía reunir el Austria en la hipótesis más favorable. Imaginó Napoleón á este fin un medio singularmente adecuado para facilitar el reemplazo y reorganización de los cuerpos. De resultas de las pérdidas sufridas, los cuadros en el ejército estaban muy incompletos, al paso que en los depósitos abundaban los reclutas, en mayor número todavía del que podían contener los cuadros, de modo que por lo común faltaban soldados fuera y cuadros dentro.

Mandó Napoleón que todos los soldados de la división Puthot, que comprendía los cuartos batallones del cuerpo del mariscal Davout, ingresasen en los tres primeros batallones de este mismo cuerpo, con lo cual volverían á reunir una fuerza efectiva considerable, especialmente después que hubiesen sido dados de alta los heridos de poca gravedad. Lo mismo hizo con la antigua división de Barbou, del ejército de Italia, la cual comprendía los terceros y cuartos batallones del cuerpo de Marmont, que se encontró también con una fuerza efectiva muy numerosa. Los cuartos batallones, que componían el cuerpo del general Oudinot, pertenecían á varios de los regimientos del mariscal Massena. Cedieron sus soldados á estos regimientos y quedaron incompletos, como los de las divisiones Puthot y Barbou. Después de haber agotado estos cuadros con la traslación de sus soldados á los cuerpos de que dependían, los envió Napoleón al punto á Estrasburgo, para que recibiendo allí nuevamente reclutas ya formados volviesen á tomar su puesto en el ejército activo. Debían en su travesía prestar otro servicio, que era conducir á Estrasburgo veinte mil prisioneros que estaban depositados en la isla de Lobau y que no convenía dejar en ella por si se renovaban las hostilidades, caso no imposible.

Según hemos dicho repetidas veces, había creado Napoleón medias brigadas provisionales con los quintos y cuartos batallones de ciertos regimientos, más adelantados que los otros en su organización. Mandó disolver once de estas medias brigadas, que comprendían por lo menos veinte mil hombres, á quienes se dió orden de pasar á Estrasburgo, donde habían de recibir los cuadros de los cuartos batallones. Pasó de nuevo revista á los depósitos que no se habían agotado con la formación de las medias brigadas, y pidió á todos batallones de marcha distinguidos entre sí por los números de las divisiones militares á que pertenecían. Llegado que hubieron á Ratisbona, habían en cierto modo terminado su viaje, por cuanto había en esa ciudad medios de transporte preparados para conducirlos á Viena por el Danubio. Exigió además Napoleón unos diez mil hombres á la Italia. Por lo tocante á la caballería, pocos renuevos tenía que pedir, porque según costumbre había perdido muchos menos jinetes que caballos. Para reparar estas pérdidas estableció nuevos mercados de caballos en Passau, Lintz, Viena y Raab. Finalmente, satisfecho del servicio prestado por la artillería, quiso reforzarla todavía más y hacerla subir de quinientas cincuenta bocas de fuego hasta setecientas, no aumentando la artillería de los regimientos, lo cual hubiera sido un retroceso hacia las antiguas costumbres, poco justificado hasta el presente, sino aumentando la artillería de los cuerpos y particularmente la de la guardia imperial.

La artillería de la guardia se había conducido admi-

blemente en Wagram, donde sólo había tenido sesenta piezas. Decidió que tuviese en lo sucesivo ciento veinte, suministrando el personal correspondiente á este aumento las diez y ocho compañías de artillería sacadas de los depósitos, y particularmente de los depósitos de Italia. Llévose el material de Estrasburgo y de las plazas fuertes de aquel reino, y aumentáronse todos los calibres. La artillería de marina substituyó á la de tierra en defensa de las costas, y las compañías de las costas reemplazaron en los depósitos de los regimientos á las compañías enviadas al ejército activo.

De este modo en el transcurso del mes de agosto iban á seguir cincuenta mil hombres á los treinta mil que se hallaban actualmente marchando hacia los campamentos del ejército de Alemania. Dióse nuevo impulso á las obras de defensa emprendidas en Raab, Viena, Molk, Lintz y Passau. Los heridos fueron divididos en tres categorías: los amputados fueron enviados á Estrasburgo; los gravemente heridos se repartieron entre Molk, Lintz y Passau, de modo que pudiesen incorporarse á sus regimientos en dos ó tres meses; los que tenían heridas de poca consideración pasaron á sus respectivos campamentos. De este modo no debía haber estorbo que se opusiese á los movimientos del ejército si se renovaban las hostilidades. Mientras todo se iba preparando para reforzarlo, á sus momentos de descanso debían suceder ejercicios frecuentes, haciendo una vida en que alternasen la actividad, los ocios y los placeres, mediante la general abundancia que reinaba en los campamentos. Para dar á todos los cuerpos ejemplo de abnegación, mandóse á la guardia moderna acamparse bajo los muros de Viena con sus oficiales todos hasta el grado de coronel. Acampáronse en barracas entre Viena y Wagram ocho regimientos de fusileros, tiradores y reclutas. Exceptuóse de esta obligación solamente á los granaderos y cazadores de la guardia veterana que nada tenían que temer, y éstos fueron los únicos que vivieron en el pacífico retiro de Schœnbrunn acompañando al soberano con quien mantenían tantos vínculos de mutua afección.

Juntáronse á todos estos trabajos las recompensas, empezando como de costumbre por los jefes del ejército. El general Oudinot, que había reemplazado tan dignamente al mariscal Lannes á la cabeza del segundo cuerpo; el general Marmont, que desde lo interior de la Dalmacia hasta el centro de Moravia había verificado una marcha atrevida y llena de prudencia; el general Macdonald, que en toda la campaña de Italia había hecho alarde de una experiencia profunda en el arte de la guerra, y en Wagram de una intrepidez verdaderamente heroica, fueron nombrados mariscales. Los cuerpos, y especialmente los heridos, recibieron gratificaciones.

A estos actos de gratitud y munificencia acompañó un acto de severidad: el mariscal Bernadotte, sin embargo de que por culpa suya ó por la de su cuerpo no había sabido mantenerse en el punto que se le había asignado entre Wagram y Aderklaa, había publicado una orden del día dirigida á los sajones encomiando la conducta observada por éstos en los días 5 y 6 de julio, y atribuyéndoles por decirlo así la victoria: este modo de apropiarse y de distribuir entre sus soldados elogios que sólo debían emanar de Napoleón, ofendió en sumo

grado á éste, porque ofendía al ejército entero y á sus jefes, y para castigarle redactó Napoleón otra orden del día en los términos más severos que comunicó por circular á los mariscales solamente, pero bastante para refrenar aquel arranque de vanidad, puesto que no era regular permaneciese secreta yendo dirigida á los mismos émulos del jactancioso mariscal (1). Por último,

(1) ORDEN DEL DÍA

«Schœnbrunn, 5 de agosto de 1809.

»S. M. manifiesta su disgusto al mariscal príncipe de Ponte-Corvo por su orden del día fecha del 7 de julio en Leopoldau, inserta en la misma época en casi todos los diarios en los términos siguientes:

«Sajones: En la jornada del 5 de julio siete ú ocho mil de vuestros compañeros han roto el centro del ejército enemigo, y se han dirigido á Deutsch-Wagram á pesar de los esfuerzos de cuarenta mil hombres sostenidos por cincuenta bocas de fuego. Os habéis batido hasta media noche, habéis vivaqueado en medio de las líneas austríacas. El 6 desde el amanecer habéis renovado el combate con la misma perseverancia y despreciado los estragos de la artillería enemiga. Vuestras columnas han permanecido inmóviles como si fueran de bronce. El gran Napoleón ha presenciado vuestra decisión y os cuenta en el número de sus valientes.

»Sajones: la fortuna del soldado consiste en el cumplimiento de sus deberes; vosotros habéis llenado dignamente el vuestro.

»En el vivac de Leopoldau, el 7 de julio de 1809.

»Firmado: J. BERNADOTTE.»

«Al mariscal del imperio, comandante del noveno cuerpo.

»Además de que S. M. es quien manda su ejército en persona, sólo á él incumbe distribuir la parte de gloria de que cada uno es merecedor.

»S. M. debe el triunfo de sus armas á las tropas francesas y no á auxilio alguno extranjero. La orden del día del príncipe de Ponte-Corvo, que tiende á inspirar falsas pretensiones á unas tropas que no pasan de medianas, es contraria á la verdad, á la política y al honor nacional. S. M. debe el triunfo de sus armas á los mariscales duque de Rívoli y Oudinot, que han roto el centro del enemigo al mismo tiempo que el duque de Awerstaedt le envolvía por su izquierda.

»El pueblo de Deutsch-Wagram no cayó en poder nuestro el día 5. Cierto es que ha sido tomado, pero sólo el día 6, á mediodía, y por el cuerpo del mariscal Oudinot.

»No es cierto que el cuerpo del príncipe de Ponte-Corvo haya permanecido inmóvil como si fuese de bronce. Al contrario, ha sido el primero que ha batido en retirada, y S. M. se ha visto precisado á hacer que le protegiesen el cuerpo del virrey, las divisiones de Broussier y Lamarque mandadas por el mariscal Macdonald, la división de caballería pesada á las órdenes del general Nansouty y parte de la caballería de la guardia. A este mariscal y á sus tropas es á quienes se debe el elogio que el príncipe de Ponte-Corvo se atribuye.

»S. M. desea que esta manifestación de su disgusto sirva de escarmiento para que ningún mariscal se atribuya jamás glorias ajenas. S. M. no obstante manda que esta orden del día, que podría afligir al ejército sajón, aun cuando sus soldados sepan bien que no merecen los elogios que se les tributan, permanezca secreta y se circule solamente á los mariscales que mandan cuerpos de ejército y al ministro secretario de Estado.»

Al mayor general.

«Schœnbrunn, 5 de agosto de 1809.

»Acompaño una orden del día, que remitirá usted á los mariscales, participándoles que es sólo para ellos. No la envíe usted al general Regnier, pero sí á los dos ministros de la Guerra y también al rey de Westfalia.

»NAPOLEÓN.»

visitó Napoleón en persona sus campamentos del Austria superior, de Moravia y de Hungría, sabiendo que con esta amenazadora vigilancia aseguraba mejor la conclusión de la paz que con todos los esfuerzos de sus negociadores. La ciudad de Altemburgo era el punto

Al ministro de la Guerra.

«Schaubrunn, 29 de julio de 1809.

»Si tiene usted ocasión de ver al príncipe de Ponte-Corvo, manifiéstele usted mi disgusto por la ridícula orden del día que ha hecho imprimir en todos los diarios, tanto más inoportuna por cuanto no ha cesado en todo el día de darme quejas de los sajones. Además en ella se contienen especies falsas. El general Oudinot

que acababa de señalarse para su reunión. Así era como empleaba ese incansable genio el tiempo del armisticio de Znaim: genio incansable, repetimos, que todo lo tenía presente, menos la sencilla verdad de que el mundo no era tan incansable como él.

ha sido quien ha tomado á Wagram el 6 á mediodía; por consiguiente mal ha podido tomarlo el príncipe de Ponte-Corvo. Tampoco es verdad que los sajones hayan roto el centro del enemigo el día 5, pues no han disparado ni un tiro. Me alegro mucho por lo demás de poder decir á usted que el príncipe de Ponte-Corvo no se ha conducido siempre muy bien en esta campaña. La verdad es que su *columna de granito* ha estado constantemente derrotada.

»NAPOLEÓN.»

APÉNDICES

NOTA Á QUE SE REFIERE LA DE LA PÁGINA 353

Asombraría mucho al público y á los historiadores contemporáneos, que suelen resolverse muy pronto en las cuestiones dudosas, si les diese á conocer las muchas incertidumbres por que he pasado antes de fijarme sobre los verdaderos proyectos de Napoleón respecto á España. Como acabó por invadirla y darla á su hermano José, se ha deducido que siempre quiso lo que ejecutó en definitiva, así como hay hombres que creen de buena fe que por haberse proclamado emperador pensaba en el ejército de Italia. ¿No hemos visto, en efecto, á varios coleccionistas de datos buscar los primeros indicios de sus proyectos en la escuela de Brienne? Moreau acabó por vender la Francia en 1813, esto es positivo; pero no se contentan con hacer remontar sus malas disposiciones cívicas á la conspiración de Jorge, á su rompimiento con el primer cónsul; supónese que datan de la conspiración de Pichegrú, y con ayuda del espíritu de investigación, llégase á creer que nacieron en la escuela de Rennes, donde concibió, al parecer cuando estudiaba derecho, el proyecto de entregar los ejércitos franceses á los austriacos. No se puede juzgar á los hombres de una manera más ridícula: así se incurre en error respecto á los mismos individuos y á la marcha del espíritu humano, que es lenta y sucesiva, y muy á menudo se guía por los acontecimientos en vez de determinarlos.—En 1808 Napoleón destronó á los Borbones de España. ¿Cuándo lo quiso? ¿Por qué medios? He aquí cuestiones históricas de la mayor dificultad, aunque se tengan todos los documentos á la vista. Yo soy el único historiador que los ha poseído todos, gracias á las comunicaciones que por mi situación política llegaron á mis manos, y largo tiempo me acosaron grandes dudas, que sólo desvanecí después de varios descubrimientos, fruto de muchas pesquisas, de aplicación y buena suerte. Me empeño en darlos á conocer aquí, para edificación del público y de los hombres que consideran como un deber las investigaciones concienzudas.

Ante todo, digamos dos palabras sobre los documentos mismos. De todos los escritores que han hablado sobre esas épocas, ni uno solo ha poseído los verdaderos documentos históricos. Todos compusieron sus libros con otros: esto es cosa que echará de ver cualquiera que conozca los hechos. El mismo Toreno, cuya obra sobre la revolución de España es notable por el talento que revela, y además por un buen sentido político, no conoció los documentos. Compuso su libro sobre las publicaciones españolas y francesas, y con gran copia de tradiciones vivas, recogidas en su propio país, gracias á las cuales su relato es más precioso por

varios conceptos. Entre los autores franceses, sólo uno, Mr. Armando Lefebvre, tuvo la ventaja de ingresar en la sección de Negocios extranjeros y pudo ver algunos documentos positivos. ¿Le sería dado llegar á conocer la verdad, gracias á esta iniciación? Una sola observación basta para contestar á la pregunta. La correspondencia de los Negocios extranjeros consiste en algunos pliegos, muy escasos, de Mr. de Champagny, y en otros muy numerosos de Mr. de Beauharnais, embajador de Francia en Madrid. Ahora bien; Mr. de Champagny, hombre muy honrado y afecto al emperador, no supo una palabra del asunto de España; y Mr. de Beauharnais, también persona de gran probidad, aunque incapaz, no fué elegido sino para hacer el papel ridículo de un embajador á quien se engañaba, para que engañase mejor á la corte en que estaba acreditado. *No digáis nada á Beauharnais... Nada he dicho á Beauharnais:* estas son las palabras que se encuentran á cada paso en la correspondencia de Napoleón y sus agentes en España. Por último, en el momento de la catástrofe, Napoleón envió á Mr. de Laforest para secundar á Murat, considerando que no era posible servirse de Mr. de Beauharnais, y rechazó á este último, sin querer siquiera escucharle, lo cual fué una verdadera injusticia. Así, pues, cuando se tiene la ventaja de consultar la correspondencia de Negocios extranjeros, se ve que es un insignificante documento sobre los asuntos de España. Pero entonces, se me dirá, ¿dónde están estos documentos? En la correspondencia de Napoleón con los agentes que empleó en aquella circunstancia. Estos agentes fueron, en París, MM. Talleyrand y Duroc; en Madrid, Murat primeramente, después el general Savary, el mariscal Bessieres, el general conde de Lobau, Mr. de Tournón, el general Grouchy, Mr. de Monthyon, cuyos informes, impresos más tarde, se publicaron de otro modo que él los había escrito; y por último, el almirante Decrés, muy ocupado en aquel asunto, á causa de las colonias españolas. Estos fueron los verdaderos agentes del emperador, los únicos informados, y siempre parcialmente, pues ninguno de ellos sabía sino lo concerniente á su cargo, y conjeturaba lo demás según su perspicacia. Ha existido una correspondencia de todos estos personajes con Napoleón, y de éste con ellos, correspondencia muy considerable y curiosa, que está en los archivos, que yo solo he leído, que parecería deber aclararlo todo, y que sin embargo no me ha edificado completamente hasta después de repetidos esfuerzos, tales como los que se hacen sobre ciertos pasajes de los historiadores de la antigüedad para llegar á descubrir tal ó cual verdad histórica. En general, cuando he leído la correspondencia de Napoleón con sus agentes, la ví tan clara, tan precisa y positiva, que no